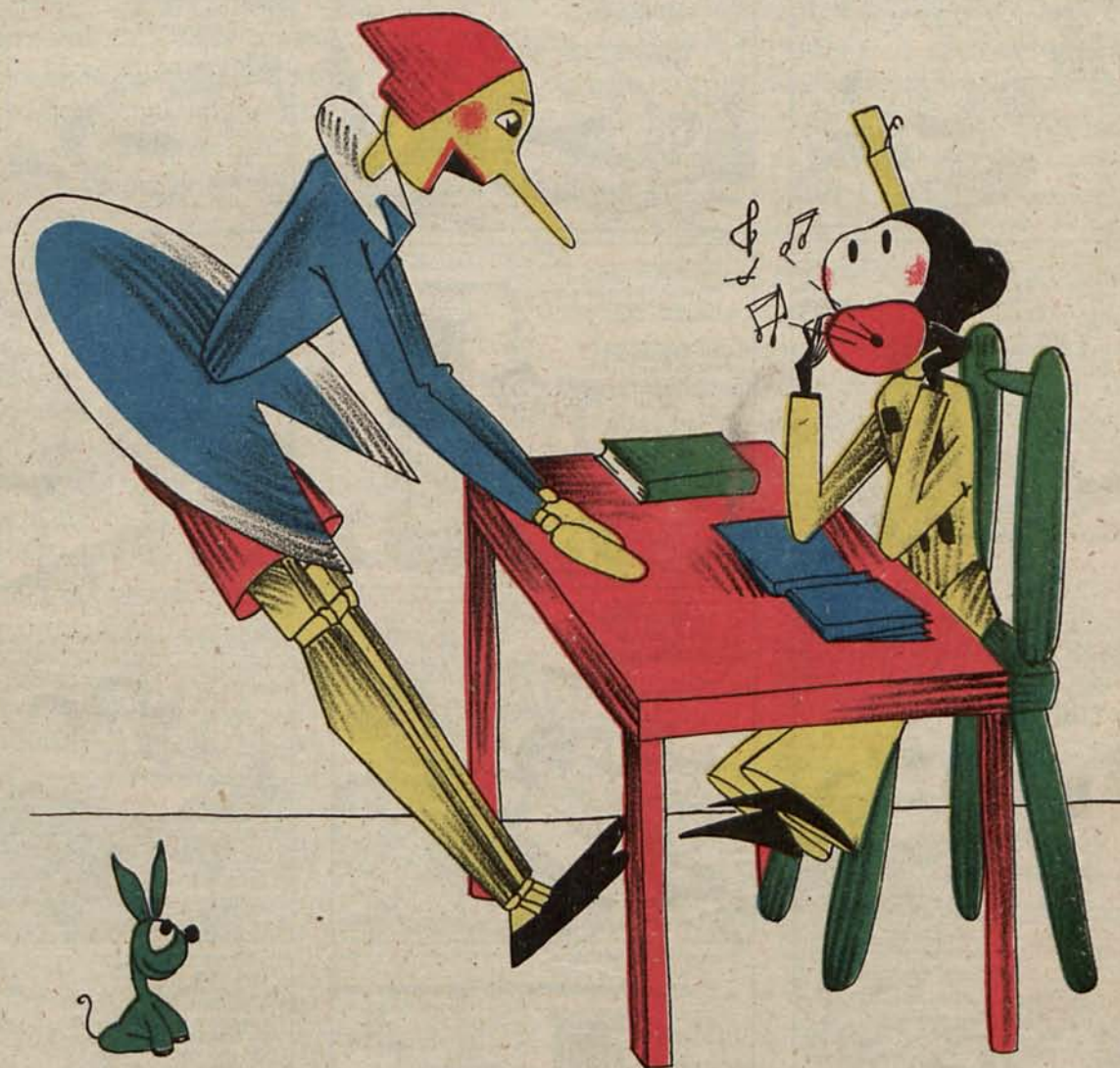


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 219

25 cts

28 ABRIL
1929



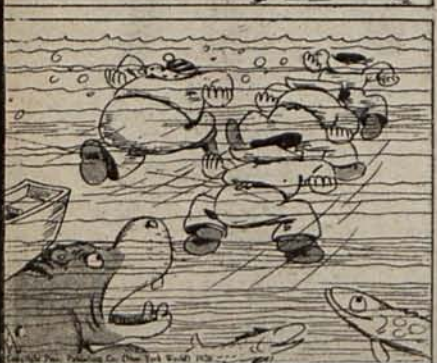
- ¿TE PARECE BIEN? ¡NO SE DEBE SILBAR MIENTRAS SE ESTUDIA!
- ¡NO, SI ESTUDIAR NO ESTUDIO; NO HAGO MAS QUE SILBAR

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y D. M. BARBIERI

(Continuación)

Cayetano era amante de la vida sosegada, y para prepararse digna e higiénicamente a las comidas y no echar a perder luego sus digestiones, hacía todas sus cosas con extremada parsimonia, empleando horas enteras en mover su desmadejada persona de una a otra habitación para ejecutar mis órdenes y atender a sus menesteres.

Como, por no dejar de ser quien era, no desechaba tampoco esta vez sus inveteradas costumbres, encontré más expedito invitar yo mismo al visitante a presentarse ante mí, y le llamé en alta voz.

—Franco, pasa adelante.

Franco, o mejor dicho, el abogado Franco Galiani, no era sólo mi secretario y el consultor legal de la oficina, además de un precioso colaborador del periódico; era también y por encima de todo un amigo excelente.

Entró vivamente en mi cuarto y me dijo en tono agitado:

—Has leído los periódicos?

—No; acabo de despertarme en este momento.

—Lee *L'Aurore*, en la tercera página. Verás lo que le ha ocurrido esta noche a D'Alimand...

—¿A Enrique? ¡Si, nos hemos separado a media noche!

—Precisamente, a esa hora ha sido cuando...

—¡Debí figurármelo! Pero ¡tan pronto! ¡Ay! ¿por qué no le acompañé hasta su casa? Pero ¿qué le ha sucedido? ¡habla!

—¡Se diría que tú sabes algo!

—¡Por los clavos de Cristo, dime lo que le ha pasado!

—¡Oh! bien puede decir que el demonio estaba de su parte, porque ¡de buena ha escapado!

Una sencilla desolladura en un brazo, larga pero no profunda, que podrá curar en diez o doce días.

Pero lo que me parece muy raro es esto: cualquiera pensaría que la cosa no le cogió de sorpresa; y él, sin embargo, a pesar de las insistentes investigaciones de la policía para que revele las causas del atentado, se mantiene obstinadamente en la más hermética reserva, afirmando que aquellas no deben buscarse más que en el propósito del robo.

Pero tú tienes cara de saber largo y tendido en este asunto. ¡Cuenta tú ahora!

Bebí de un trago el café que Cayetano había dejado sobre mi mesa de noche, y luego me tiré de la cama, tendiendo a Franco la prensa y el correo.

—¡Bueno! hoy serás tú quien lea todo esto.

—Espero tus revelaciones sobre el caso D'Alimand.

—No tengo ahora tiempo. ¡Anda, que estoy de prisa! Lo que puedes hacer es estar a las dos de esta tarde en el «Café de la Paix». Allí lo sabrás todo.

—No faltaré, cuenta con ello. La curiosidad es nuestra enfermedad profesional?

—Enfermedad que se complica siempre con la absoluta carencia de discreción. Pero... si esta vez no te sientes capaz de ser mudo como... las estatuas de nuestro «Duomo» mejor harás en no acudir a la cita.

—¡Demonio! el periodista me está resultando dramaturgo.

—Y no digo que a continuación no se trueque en actor y no tome parte en el drama o la comedia que se viene preparando.

—Cada vez estás más enigmático.

—Justo; una escena del drama tendrá lugar precisamente al pie de la Esfinge.

—¡La Esfinge! Ahora sí que no te entiendo.

—No le hace. Pocas palabras. ¿Prometes guardar celosamente un secreto?

—¿Puedes dudarle? Habla.

—Está bien. Entonces hasta las dos en el Café de la Paz. Y solo, sin amigos. Acuérdate.

—¡Solo, sin amigos! Hasta luego.

Cuando salió, acabé rápidamente de vestirme y me eché a la calle.

Tomé el «Metro» en Saint-Sabin, casi frente a mi casa, y en contados minutos el maravilloso ferrocarril subterráneo me transportó a la Plaza de Europa. De allí a la calle de Lisboa donde Enrique habitaba, hay sólo un salto. Volando subí las escaleras y me precipité en su cuarto. Le encontré en su estudio, lleno ya de amigos y colegas que habiendo sabido el malhadado suceso habían venido a adquirir noticias y a congratularse con la víctima del peligro orillado. No todos habían conseguido encontrar una silla, por lo que algunos estaban sentados en la mesa, en el baul, hasta en la estufa, en la cubierta de la máquina de escribir y en la palanca de la prensa de copiar. El aposento estaba lleno de humo, y aquella media luz y aquellas voces altas que sonaban, producían la impresión de hallarse en una ciudad universitaria de Alemania entre un batallón de estudiantes en una de las famosas cervecerías trogloditas consagradas a las discusiones y los duelos.

Enrique se hallaba sentado detrás de la escribanía; estaba un tanto pálido y tenía el brazo izquierdo entrapado. Apenas me divisó, levantóse para salirme al encuentro, tendiéndome la mano incólume.

—¡Por fin!—exclamó—Puedes imaginar si te esperaba.

Y cuando estuve junto a él, añadió en voz baja:

—Temí sospechasen que tú tenías los papeles. A punto estaba de mandar a pedir noticias tuyas.

—Hace pocos minutos he sabido tu accidente y me he venido al vuelo.

Todos los presentes, que no habían sacado de Enrique otra cosa que el relato del hecho material, comprendieron que necesitábamos estar solos y se levantaron a poco despidiéndose y repitiendo las felicitaciones y los augurios. Hice señas a uno de ellos para que se quedara un instante. Era un buen amigo mío, Ralph Hodgsonfield, corresponsal de la *British Life*, (1) de paso en París del que debía salir pocos días después para realizar un viaje cuyo itinerario me era conocido. Le llevé aparte al quicio de una ventana, y le pregunté:

—¿Estarás libre esta tarde, a las dos?

—Completamente libre.

—Pues entonces, encuéntrate a las dos en to en el Café de la Paz.

—¡Corriente!

—Lleva contigo a James y a Fritz.

—Perfectamente; iremos los tres.

—Os necesito.

—Entendido. ¿No te ocurre nada más? No faltaremos.

—¡Bravo, Ralph! Gracias.

Oprimí su mano, y el inglés, sin pedir otras explicaciones, salió mezclado con todos los demás.

Cerré la puerta y volví junto a Enrique.

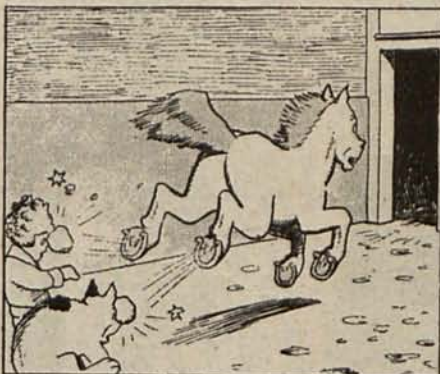
—Ahora puedes hablar. Qué te ha pasado?

—Lo que habíamos previsto, pero que yo no esperaba tan pronto. Anoche, antes de volver a la imprenta, pasé por casa a fin de recoger unas pruebas que había corregido por la tarde. Eran las doce, y la calle de Lisboa estaba desierta. Al llegar casi frente a mi alojamiento, advertí la presencia de dos individuos, al parecer obreros, que, parados, como se hace a menudo cuando se quiere terminar una conversación, discutían entre sí animadamente. No hice caso del detalle, bastante vulgar por lo demás, y continué mi camino. Me incliné para abrir, y entré; pero me chocó no oír el ruido de la puerta al cerrarse.

(1) La Vida Inglesa.

ANITA

BUN-CORAZON



UN DRAMA EN PERSIA

—Érase una vez...

Un murmullo de indignación resonó entre el grupo de marineros y oficiales reunidos en la tolda en torno al barril sobre el cual estaba sentado el viejo Brandon, el más estupendo narrador de toda la flota.

—¿Nos vas a contar un cuento de niños?

—¿Lo tomáis a broma?

—¡En ningún modo!... Esta noche a tí algún vaso de ron...

—¡Capitán, que se le lleven a la barra!...

—¡Abajo Brandon!

El viejo marino dejó pasar la borrasca sin incomodarse, partió un cigarro puro que poco antes le había regalado uno de los oficiales y se puso a masticarlo con visible satisfacción y haciendo gestos como de que no los oía.

Las exclamaciones aun continuaron algún tiempo, mas al fin, viendo que el viejo no se resolvía a hablar, ordenaron el silencio.

—¡Basta, acabemos! ¡El viejo tiene la palabra!

Brandon les dió las gracias con una sonrisa irónica, metió el cigarro puro en el fondo de su faja roja y replicó:

Esta vez no estallaron más exclamaciones.... Sabíase además que el narrador no era hombre que se corriese por nada y que los oficiales habían ordenado el silencio a todos, de modo que ninguno tenía deseos de dormir aquella noche en la bodega con cadenas en las manos y en los pies. Por último, el viejo Brandon como dije, gozaba fama de ser el mejor narrador de la marina y todos sabían que en su larga vida marinera había visto y oído con-

tar tantas historias que con ellas podía escribir más de diez volúmenes tan grandes como el diario de a bordo.

—Existió una vez en el Farsistan, una de las más ricas provincias de Persia, un *Kan*, o sea un príncipe, que tuvo fama de ser no sólo el más valeroso sino además el más sabio de todos los que hasta aquella época habían reinado.

—Viejo Brandon—dijo un gaviero que por sus galones pudo permitirse el lujo de hacer una interrupción.—Yo de geografía no sé mucho, pero hasta ahora nunca oí decir que los barcos pudieran nave-

gar al través de las llanuras de Persia. ¿Cómo has podido recoger esta historia de tierra firme?

—Has de saber, pretencioso gaviero, que yo he acompañado hasta Teheran al señor Livallet, embajador extraordinario enviado al Shah de Persia. Yo mandaba su escolta y la historia que voy a contaros me la refirió un *mullah*.

—¡Una mula que cuenta cuentos!—gritaron los marineros estallando en clamorosas risotadas.

—¡Borricos!... y perdonenme los señores oficiales,—gritó Brandon irritado.—He dicho *mullah* y no una mula: un *mullah* persa es una persona instruidísima, como un rango intermedio entre el sacerdote y el maestro de escuela. Ahora callad, porque si no me cargo la boca de tabaco y ya no os cuento nada. Aquel *Kan* se llamaba Midah. Era un apuesto joven de ánimo fiero y al mismo tiempo generoso que gozaba por completo de la simpatía de su pueblo.

Cierto día, aburrido de la vida cortesana Midah, que era un habi-





lísimo cazador montó en su caballo y precedido de un solo escudero se dirigió hacia los montes del Farsistan donde abunda sobre manera la caza.

Había recogido ya abundantes piezas y el hambre y la sed comenzaron a molestarle cuando se encontró frente a una casita de buena apariencia situada al margen del bosque junto a una límpida fuente.

El Kan se volvió hacia su escudero y le dijo:

—Llama en aquella casa y ruega a su propietario que nos suministre algo para comer. No digas quien soy yo y sé prudente.

Saltó del caballo el escudero y mientras su amo se tendía a la sombra de un corpulento árbol que esparcía en derredor deliciosa frescura, se dirigió a la casa y llamó en ella.

No habían transcurrido aun diez minutos cuando lo vió volver seguido de una muchacha de quince o dieciseis años que vestía los pintorescos vestidos de los montañeses: jubón corto adornado con moneditas de oro, saya multicolor con recamados de plata y zapatitos de terciopelo rojo con adornos de perlas.

Era de buena estatura, piel rosada y delicada, ojos grandes, dulces como los de las gacelas: cabellos negros y tan largos que le cubrían todo el talle como un manto de terciopelo.

Sobre la cabeza llevaba un canastillo que contenía cordero asado y tortas de arroz y en la mano llevaba un jarro de metal cincelado de exquisita factura.

Saludó con adorable sonrisa al cazador mostrando unos dientes de maravillosa blancura y colocó ante él el canastillo y el jarro diciendo con voz casi infantil que al príncipe le pareció deliciosa música.

—Coma y beba señor mío y descansad tranquilo que este bosque es seguro.

—¿Cómo te llamas linda niña? dijo el príncipe.

—Sina,—contestó la joven enrojeciendo y bajando al suelo los ojos.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

ANITA Y PEPITO

Cashillo



Un leñador tenía dos niños, llamados Anita y Pepito. El pobre leñador pasaba grandes apuros para mantener a su familia. Atormentado por este pensamiento, dijo a su mujer que era madrastra de los niños:

—¿Cómo vamos a dar de comer a esos pobres hijos?

—Lo que podemos hacer—le respondió su mujer—es llevar los niños a lo más intrincado de la selva.

—Yo no puedo hacer eso con los hijos de mi corazón. ¿Dejarlos en el bosque a merced de los lobos?

—No tengas cuidado, lo natural es que los recoja alguna persona caritativa, y de seguro lo pasarán mejor que a nuestro lado.

Nuestro hombre acabó por consentir. Pero es el caso que los niños habían escuchado la conversación.

—¡Estamos perdidos!—exclamó la niña llorando amargamente.

—No te apures—le dijo Pepito;—yo sé volver a casa.

Diciendo esto, el niño salió al campo, se llenó de guijarros los bolsillos, y dijo a su hermana Anita:

—No te dé susto de nada, que ya tengo lo que nos hace falta.

Al día siguiente los despertó la madrastra, diciéndoles:

—Muchachos, levantaos pronto, que nos vamos. Al ponerse en camino se arregló el muchacho de manera que siempre se iba quedando detrás, para señalar el camino con los guijarros de que se había provisto. Llegaron a un sitio de los más difíciles de la selva, y dijo la madrastra a los dos hermanitos:

—Quedaos aquí recogiendo leña seca; vuestro padre va a derribar una encina un poco más allá. A la tarde vendremos a buscarlos.

Vino la noche, y sus padres no volvieron; la niña se echó a llorar; al menor ruido se asustaba, creyendo que sería producido por un lobo.

—No tengas miedo—le decía su hermanito,—que en cuanto aparezca la luna nos iremos.

Salió la luna por fin, y los guijarros que el niño había sembrado en la senda brillaban de trecho en trecho como si fueran

monedas de plata. Guiándose por ellos llegaron a su casa, y el padre los abrazó lleno de alegría; no había podido dormir en toda la noche pensando en que sus hijos podrían ser devorados por las fieras.

Al cabo de algún tiempo, dijo la mujer a su marido:

—Estamos para morirnos de hambre; no tenemos trabajo. No hay más remedio que dejar a los niños en el bosque, más lejos que el otro día, y que los ampare Dios.

Pepito se levantó silencioso para llenarse los bolsillos de piedrecitas blancas; pero la madrastra había cerrado la puerta de la choza, y el muchacho no pudo salir.

—No importa nada eso—dijo a su hermana:—Dios nos ayudará; tengo otra idea.

Por la mañana temprano se pusieron todos en camino. Pepito, que marchaba el último, fué regando el camino con migas de pan.

Cuando llegaron al medio del bosque, la madrastra hizo a los niños el mismo encargo que la otra vez; en seguida se fué, llevándose al marido casi a la fuerza; pues el pobre hombre estaba muy afligido, y besó a los niños muchas veces antes de dejarlos.

Después de recoger alguna leña seca, los dos niños se sentaron en el musgo a la sombra de los árboles.

Como Pepito había destrozado su pan para sembrar las migas por la senda, Anita partió el suyo con su hermano. Llegó la noche; pero nadie pareció, y Anita empezó a llorar.

—No tengas miedo—le decía Pepito;—espera que salga la luna y encontraremos la senda. El astro apareció; pero las migajas se las habían comido los pájaros, sin dejar una. Después de andar muchas horas enteras extraviados, los pobres niños no podían ya con sus piernas, se detuvieron rendidos de cansancio, tendiéndose en el musgo y se durmieron.

Cuando despertaron, tuvieron la suerte de encontrar algunas frutas silvestres que les sirvieron para aplacar el hambre.

Al tercer día de marcha se encontraron delante de una casita cuyas paredes eran de almendras y azúcar, y las ventanas de caramelo. Se pusieron a comer azúcar y almendras, mascándolo todo con fuerza proporcionada a su apetito y con gran satisfacción.





De repente se oyó en lo interior de la casita una voz destemplada, que decía:

—¿Quién se estará comiendo la pared de mi casa? Y asomó una vieja, muy vieja, muy vieja.

Los niños, asustados, dejaron caer las almendras y el azúcar; pero la anciana les dijo sonriendo:

—¿No es verdad, hijos míos, que es muy bueno lo que se encuentra en mi casa? Entrad, hijitos; podéis vivir conmigo, y seréis tratados como príncipes.

Con las buenas palabras de la vieja no repararon que ésta tenía los dientes muy largos. La siguieron, y ella les dió dulces y golosinas. Los condujo a su aposento, donde había dos camas hechas, muy limpiás; y como estaban tan cansados, se durmieron.

Pero la pícara vieja, ¿qué os parece que era? Pues era un ogro, y había hecho su casa de azúcar para atraer a los niños y luego comérselos.

Cuando despertaron, la fingida vieja los condujo a un corral y empujó bruscamente a Pepito, encerrándolo en un gallinero.

Anita rompió a llorar y suplicó a la vieja que no se comiera a su hermano. Pero la vieja la amenazó con comerla a ella también si no obedecía con presteza.

La niña trató de reprimir su pena, y ayudó a la vieja a cocinar. Cuando la comida estuvo hecha, fué la vieja a llevar a Pepito su ración. Este estaba menos abatido de lo que debía esperarse, pues el niño no se asustaba fácilmente.

Todos los días se repetía la misma operación; y cuando la vieja llegaba con la comida, le mandaba que sacara un dedo por los huecos que dejaban las barras del gallinero, para ver lo que engordaba; pero el chico, en vez del dedo, enseñaba un hueso de pollo.



—Es muy raro—decía la vieja—que, comiendo tan buenas cosas, continúe tan flaco.

Pocos días después dijo la vieja a Anita:

—Mañana, que es mi cumpleaños, me voy a regalar con un asado bien hecho.

Flaco o gordo, voy a matar a tu hermano; pero necesito pan tierno; amasa pan y enciende el horno.

Ya había encendido la lumbre Anita, cuan-

do la vieja abrió la puerta del horno y se puso a mirar alternativamente al fuego y a la niña.

—No sé—dijo—si podremos ya poner el pan; entra un instante; hija mía, para que me digas si el horno da bastante calor.

Pero las miradas de gula feroz que echaba sobre Anita revelaron a ésta la intención de la vieja, y respondió:

—Es que yo no voy a caber.

—¿Pues no has de caber? Mírame bien, que voy a enseñarte cómo se entra.



La vieja se agachó, y la niña le dió un empujón, haciéndola caer dentro del horno; en seguida cerró la puerta y echó el cerrojo.

La vieja, es decir, el ogro, daba unos aullidos espantosos, y suplicaba a Anita que le abriera. La niña corrió al gallinero, sacó a Pepito, y los dos hermanos se abrazaron con la mayor alegría.

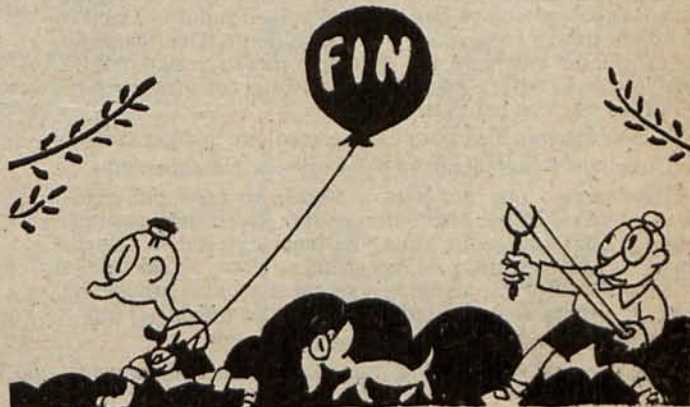
Muerto el ogro, los dos niños encontraron en la casa muchísimas riquezas. Llenaron una cesta de sabrosas viandas, y se fueron en busca de sus padres.

Al día siguiente lograron salir de la selva. No tardaron en hallarse ante su padre, triste y silencioso.

La madrastra había muerto.

Pepito y Anita se echaron en los brazos de su padre, que casi se muere de alegría al ver sanos y salvos a sus hijos; éstos le dieron los tesoros que traían de la casa de la vieja-ogro, y nunca más en su vida volvieron a pasar hambre.

Como eran buenos, repartieron su fortuna con los pobres leñadores de la comarca, y todos vivieron felices muchos años.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, amigo buho. ¿Qué cosa es una arpía?

—La arpía no es ninguna cosa, querido chonón; es un animal.

—Bueno; quedamos en que es un animal, pero yo no sé qué clase de animal es y quisiera que dedicásemos a él nuestra charla de hoy ¿te parece bien el tema?

—Admirable. La arpía es un águila imponente. Es la más gigante y la más temible de las que habitan la América meridional. El pico y las patas de este águila son unas armas formidables.

—Como los de todas las águilas. En la charla que dedicamos a estos animales, no me hablaste nada bien de ellas. A todas había que tenerles miedo.

—Pero a esta variedad más que a ninguna.

Por algo se la llama arpía feroz. Tiene un cuerpo muy robusto hasta el punto de que llega a abultar tanto como un carnero. Su fuerza es enorme, pues de un picotazo puede partir el cráneo de un hombre. Su pico tiene la parte superior muy curvada y termina en una aguzada punta capaz de penetrar en los huesos más duros. Detrás de este pico se abren dos bordes afiladísimos y resistentes con los que tritura las presas. Las garras son muy desarrolladas y los dedos muy largos, terminan en fuertes y robustas uñas. Con estas garras, el pico, su extraordinaria fuerza y su voracidad insaciable, comprenderás que es temible el encuentro con uno de estos animaluchos.

—Tú, sobre todo les debes de temer mucho ¿verdad buho?

—Miedo, no; pánico. Imagínate qué iba a hacer este pobre buho, delante de una fiera de instintos tan sanguinarios como tiene la arpía. Le atrae el olor de la sangre y destroza sólo por destrozar.

—Me recuerdas a la hiena. También esta fiera tiene unos instintos terribles.

—Exactamente esa es la semeblanza. Puedes asegurar que entre todas las aves ocupa la arpía el mismo lugar que entre los cuadrúpedos ocupa la hiena. Afortunadamente sólo quedan águilas de esta especie en América del sur. Se oculta por los grandes bosques y muy rara vez sube a las alturas montañosas. Su plumaje es muy vario en colores. La cabeza y el cuello son grises; el lomo las alas y el moño, negro azulado.

—¿Pero tienen moño?

—En la nuca. Y por cierto es un bonito adorno que levantan o bajan a voluntad. En la cola aparecen tres franjas blancas, muy decorativas también. Su aspecto es arrogante. Cuando la arpía está erguida tiene una admirable esbeltez. Su contorno es de líneas correctas y elegantes. En los países que habita, causa verdaderos destrozos. Todos los animales le temen y sobre todo los pobres monos. Cuando una colonia de estos animalitos indefensos ve una arpía se apiñan todos los individuos de la tribu y rompen en gritos plañideros. Ocultos en lo más espeso del follaje de los árboles esperan resignados la acometida de su natural enemigo. No cuentan con otros medios de defensa que con los ayes lastimeros.

—Y esta defensa bien poca es. No creo que la arpía entienda el lenguaje de los monos ni haga caso de lamentaciones.

—Desde luego que no, pero a veces, atraídos por estos gritos acuden fieras de los contornos que hacen más comprometida la situación de la arpía. El mono, ya sabes que es animal muy inteligente, y en sus gritos no pone solamente la intención de despertar lástima en su enemigo, sino también la de atraer a otros animales cuya presencia les puede ser útil.

—¿Y no tiene también la arpía sus enemigos?

—Los tiene, sin duda alguna. Los mismos indios de aquellas

regiones la persiguen encarnizadamente, tanto por exterminar un ave tan peligrosa, cuanto por hacerse con sus plumas que utilizan como un precioso adorno.

La arpía vive siempre aislada, gusta de la soledad y permanece en lugares poco elevados.

Desde estos, observa y cuando ve una buena presa se remonta como una flecha, traza varios círculos en el aire y casi verticalmente cae sobre su víctima, sin darle tiempo ni para prevenir la acometida.

—¿Hay arpías en los parques zoológicos?

—En algunos, sí. Soportan la cautividad porque no tienen más remedio, pero no han dado nunca el menor signo de domesticidad, ni han mostrado el menor apego a sus guardianes. Antes al contrario, tienen estos que andar con extraordinarias precauciones, porque al menor descuido le acomete con fiera. En las jaulas de los parques se las ve erguidas, inmóviles como estatuas, indiferentes a todo. Tienen la mirada fija y amenazadora, y sus ojos, brillantes siempre, revelan la rabia que tienen concentrada. Si se la irrita salta a los barrotes de la jaula y los zarandeja con tanta fuerza que en ocasiones ha llegado a doblarlos. Si algún imprudente se ha atrevido a acosarla con bastones o paraguas, la arpía los ha enganchado con sus férreas uñas y ha hecho pedazos estos objetos.

—¿Y es así de fiera para los demás animales?

—Es lo mismo para todo ser viviente. Acomete a todo, incluso a sus semejantes.

—Necesitará comer mucho para saciarse ¿verdad, buho?

—Muchísimo alimento hay que darle. Es eminentemente carnívora y, desde luego, prefiere los animales vivos. Si se le echa carne sucia o en malas condiciones, la lava cuidadosamente antes de comerla. Mientras devora su alimento chilla con un grito muy agudo y bate constantemente las alas.

Después de comer se limpia el pico y las patas. Cuando está de mal humor pía de modo semejante a las gallinas y si tiene hambre produce con el pico un soplo característico.

—Bien claro se ve que es un animal que tiene malas pulgas ¿Y se aprovecha para algo la arpía?

—Además de sus lindas plumas, que ya te he dicho antes, son utilizadas por los indios para adornarse sus cabezas, es aprovechable la carne, la sangre, la grasa y hiel, como medicamentos a los que se les atribuyen propiedades casi milagrosas.

—¿Y es verdad que curan?

—Yo creo que no. Pero la superstición es un sentimiento tan arraigado entre los indios que sugestiona a los enfermos hasta el punto de creer que están buenos y tanto y tanto llegan a creerlo que esa misma tranquilidad que da la creencia, les hace mejorar.

—Sí que es interesante la arpía. Y no creas que, a pesar de tanta ferocidad me da ni pizca de miedo. No tendría inconveniente en ir a verla cerca de su jaula.

—A mí tampoco. Pero no sería lo mismo si te la encontrases en completa libertad.

—No sé, no sé, mira que yo soy muy valiente.

—Es que no vale ser valiente con un animalucho así. No podrías defenderte.

—¿Que no? ¿Y si el que estaba dentro dentro de la jaula era yo?

—Hombre, estando dentro de una jaula y la arpía fuera, tampoco yo le tendría miedo. Así es valiente cualquiera.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



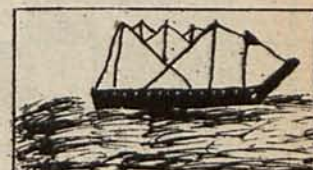
Caracol.—Angel Laborda



Currinche
Jorge y Carlota Cunco



El gran Pinocho
Juan Madueño



Marina.—Félix Alcázar



El auto de Pinocho.—Joaquín Rando



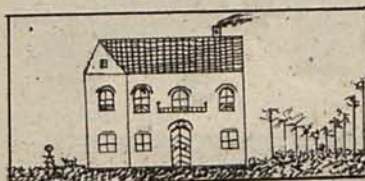
Pinocho
M.ª Teresa



Don Turu
Román Jugo



El Alfonso XIII.—Alberto Martos

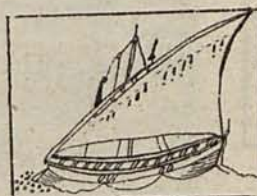


La casa de mi hermana.—

Monsita Mayo



Un conejo
M.ª Teresa Pineda



Velero antiguo.—Florencio Niurez



Ching-Chong
Jorge Fernández



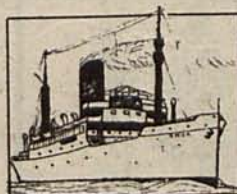
Indio bravo
Luis Vidal Ribas



Un gato
José Moya



Marinos.—F. A. L.



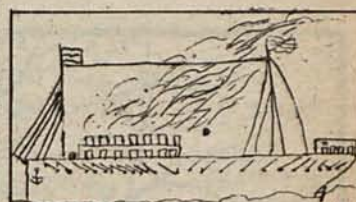
Un trasatlántico
José M.ª Carmona



Pinocho en su auto
Margarita Coll



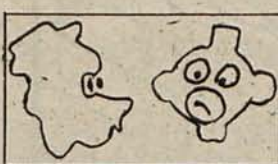
Una niña bien
Carmen López



Un buque.—Juanito de la Serna



Un bandolero
José González



Currinche y Don Turulato

Tomás de Ibarra



BARBAS VERDES
es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.

Precio UNA peseta.



Pirula y su perro
Jorge López



El tío Roque
Enrique Glem



Mi tío Paco
Eduardo Regal



Princesita
Lolita Arenas



Mi osito
Pilar Miquelarena



Paisaje
Juan J. Parada



Las malas mecas de Pinocho
Josefina Zubia

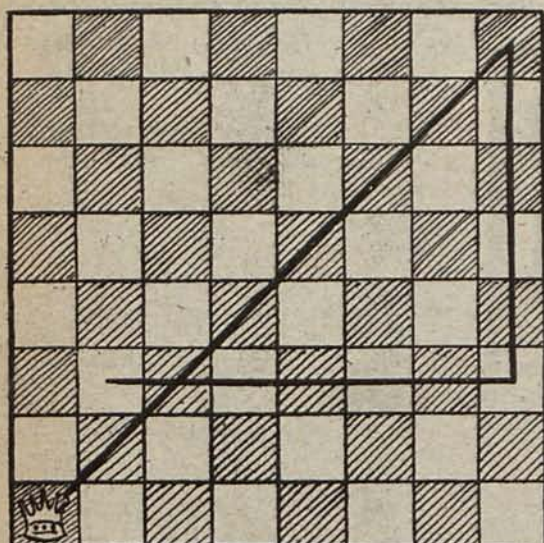


Pinocho y Pirula
Carmen Jiménez

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL TABLERO EMBRUJADO



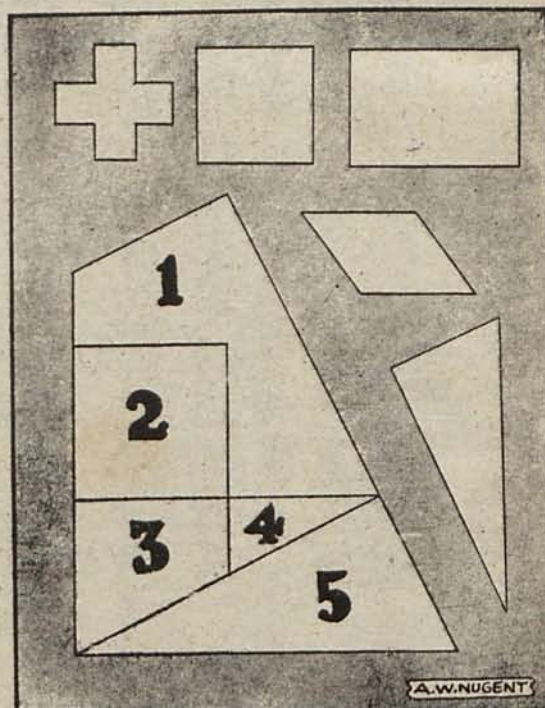
Hay que atravesar todos los cuadros con el menor número de rectas posible, teniendo en cuenta que todas estas rectas han de estar unidas y que partiendo de la corona, como podéis ver en el dibujo, se ha de terminar también en la misma corona.

Tenéis aquí un dibujo dividido en cinco partes.

Debéis combinarlas de manera que podáis formar con ella una cruz, el cuadrado, el rectángulo, el rombo y el triángulo que hay a su lado.

¡Venga de ahí!

LA FIGURA TRÁGICA



LAS FOCAS



Escondidas entre las breñas y matorrales hay tres simpáticas focas que vosotros, decididos pinochistas, no vais a tardar en encontrar.

¿Dónde están?

VIDA PINOCHISTA



Jorge González



Ramón Salto
Primer premio de dibujo



Jorge V. Radaelli
Buenos Aires



Juanito Gisbert



Luis Vidal Ribas
Premio de colaboración



Román Lago



Rosario Losada
Accesits



Merceditas Rey



Manuel Mendivil



José Luis Fernández
Premio

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SEPTIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer Premio.—Evaristo González.

Segundo Premio.—Genaro Loygorri

Tercer Premio.—Eusebio Vilella.

Cuarto Premio.—María Buitrago.

Quinto Premio.—Sixto Hontanares.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Norberto Novella, Pantaleón Arijá, Carmen Peñalva, Carmen Lozano, Angeles Soler, Pilar Farinos, Aurelio del Olmo, Francisco García, Jesús Sánchez, Antonio Prieto, María Rincón, María Luisa Gómez-Iturbe, Leoncio Casas, Isabelita Huerta, Paquito Huerta, Pepito Paredes, Pío del Soto, Aristarco Menudillos.

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE SEPTIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

DIBUJOS..... } Primer premio, Angelito Lafuente.
Segundo premio, José Peinado.

HISTORIETAS. } Primer premio, Isidro García (Ximpa V).
Segundo premio, Antonio Esquivias.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Miguel Alumiana, Jorge Fernández, Margarita Con, E. Figueras, Pepita Burgos, Manuel Gustavo Badat, José María Álvarez Cascos, Arturo Galán, Mary Aharses, Agustín Nacher, Octavio González, Ernesto Sampedro, Luis Calleja, Juanito de la Serna, Luis Andrés Rodríguez, Paquito Sanz, Paquito Soriano, Luis Guerrero, Clemencia Damián, Alberto Ramírez, Manuel G. Bada, Adolfo Miranda, Pepe Alvarez, Manuel Alvarez Sotomayor, Marichu Mateos, Federico Clement, Fernando Pastrana, Julio Bernaldez, Luciano Ridero, José Maya, Lu-Fa-Se, Elena Mata, Enrique Contreras, Carlitos Orlando, Margarita Saba, Carmina López.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Sección Pirula



**CHARLAS DE
PIRULA - Borda-
dora. - Extraordinaria
historia del Príncipe
Cucillo.**

Aurorita estaba entusiasmada con un reloj de cuco que le habían regalado para su cuarto de estudio y recreo. Era encantador el cuco del reloj; al dar la hora, se abría la puerta de su casita y él aparecía y decía «¡Cucú! ¡cucú!».

Y Aurorita había ido notando que sus «cucús» los decía en tono distinto según las circunstancias; de suerte que con la repetición de una sola sílaba expresaba infinidad de cosas diferentes.

Así, por ejemplo, el primer «cucú» que lanzaba por la mañana, significaba claramente: «Hola Aurorita. Buenos días, ¿qué tal estás?».

Si Aurorita se distraía jugando y retrasaba más de la cuenta la hora de ponerse a estudiar, el cuco muy enfadado, gritaba severamente «Cucú, cucú».

Cuando al sonar la hora el reloj de cuco, Aurora se hallaba en otra habitación, oía como el pájaro lanzaba sus más triste «cucus».

En cambio, si Aurorita se acercaba al reloj y se quedaba contemplándole en espera de la salida del cuco, éste al parecer lanzaba un «cucu» lleno de alegría triunfal. Desde luego, Aurorita era la única persona de la casa que comprendía el lenguaje del cucillo de madera; esto la enorgullecía tanto que pensaba en él con frecuencia y hasta llegó a soñar con él.

Así no es extraño que una noche le sucediera la extraordinaria aventura que os voy a referir.

Se había acostado Aurora y se acababa de quedar dormida, cuando la sobresaltó el grito de su cuco que, desde el cuarto de estudio la llamaba, impaciente: «¡Cucú! ¡cucú!».

Aurorita vaciló un instante. «¿Qué querrá de mí?—pensó—. ¿Voy? ¿No voy? ¡Con lo calentita que está ahora la cama! ¡Y lo oscuro que estará el pasillo! Pero ¿y si me necesita mi cuco? ¿Qué hago?».

La duda se resolvió pronto; no habían transcurrido dos minutos cuando la alcoba se iluminó y, sin que se abriera la puerta, entró revoloteando el cuco.

Aurora que nunca le había visto fuera de su casita, contempló con curiosidad su cuerpo esbelto, medio azul oscuro y medio ceniciento rayado de negro; su pico pequeño y algo encorvado; sus largas alas; su cola negra con manchas blancas.

El pájaro se posó sobre la mesa y habló; es decir, dijo muchos «cucus», pero por un prodigio extraordinario Aurorita comprendía en estos «cucus» infinidad de frases; os las traduciré.

—Voy a revelarte un secreto sorprendente: empezó el cuco—aquí donde me ves, yo no he nacido pájaro, sino príncipe de cuento...

—¡Ah!—no pudo menos de interrumpir Aurora— ¡me lo figuraba!

—Al cumplir dieciocho años prosiguió el cuco— una mala bruja, despechada porque me negué a casarme con ella, me transformó en pájaro de madera y me encerró en un reloj de pared, condenándome a no decir ya más que «cucú» y a no ver la luz del sol más que unos segundos durante algunas horas.

—¡Pobrecito!— exclamó Aurora—. No vuelvas ya a tu cárcel, te lo suplico.

—Eso es imposible— suspiró el cuco—; si al rayar el alba no estuviese en ella, yo caería muerto, y el reloj se rompería en mil pedazos.

—¡Dios mío! ¿qué hacer? murmuró Aurorita aterrada.

—Tú sola puedes salvarme—dijo el príncipe cuco—

La bruja que me encantó, me anunció que permanecería encantado hasta que una niña bonita y buena que supiese comprenderme, llevase mi imagen sobre su corazón.

Dicho esto, el cucillo lanzó un «cucú cucú» que era un tierno y esperanzado adiós, y desapareció tan misteriosamente como había venido, a tiempo que el primer rayo de sol mañanero se filtraba por las persianas.

¡Ay! mis pobres Pirulindas, ¡cuánto siento no poder terminar mi historia anunciándoos la transformación del cuco de reloj en príncipe azul, y su casamiento con Aurorita! Pero eso sería una mentira y yo no os puedo mentir.

La verdad es que el cuco sigue en su casita exactamente igual que antes de aquella noche maravillosa en que Aurora soñó... quiero decir, aquella noche en que visitó a Aurorita dormida que... vaya, he vuelto a equivocarme; si Aurora oyera que digo que estaba dormida y que soñó la visita del cucillo, no me perdonaría nunca.

Quedamos, pues, en que todo sucedió efectivamente como me lo ha contado Aurorita.

Pero en lo de su liberación, yo no sé si Aurorita me ha mentado a mí, o le entendió mal, o si quien mintió fué

el cuco, o fué la bruja que le encantó; es el caso que apesar de que Aurorita, niña bonita y buena si las hay, y que le comprendía como nadie, se dedicó desde aquel día a llevar bordada la imagen del cuco en todos sus vestidos en el sitio mismo de su corazón, cuco sigue siendo el cuco, en su cárcel de reloj sigue encerrado, y su vocabulario sigue reducido a sus cucús de siempre.

Tan triste fracaso, no impedirá, lo espero, que vosotras también llevéis un cuco bordado en vuestros trajes; y no sólo el cuco sino también su reloj con pesas, esfera y todo.

Podéis bordarlo directamente sobre la prenda; o bordarlo sobre un trocito de tela y pegarlo luego a punto de festón; también se hace a punto de festón el pájaro, la ventanita, y las pesas.

Lo demás—cadenas y esfera—a punto de cadeneta.

Ni que decir tiene que no estáis obligadas a llevar este adorno solamente sobre el corazón; como no se trata para vosotras de desencantar a ningún príncipe, podéis colocar el adorno en cualquier parte del traje o del delantal, o en cualquier otra prenda, que puede ser los ángulos de una mantelería de té, o un sobre para la servilleta, o una bolsa para peines, o para la labor.

